

Había una vez un príncipe muy lejos, en un país de leyenda.

Como no era más que un soñador, le gustaba tenderse en una pradera próxima al palacio y soñar, con los ojos clavados en el cielo azul. Porque en aquellas praderas las flores eran más grandes y más bellas que en cualquier otra parte. Y el príncipe soñaba con castillos blancos, muy blancos, con enormes espejos y solanas luminosas.

Pero un día el viejo rey murió y el príncipe fue su sucesor. Y el nuevo rey frecuentaba las solanas de castillos blancos, muy blancos, con enormes espejos. Y soñaba con una pequeña pradera, en donde las flores eran más grandes y más bellas que en cualquier otra parte.